



Núm. 15 | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Abril 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

## EDICION DE LUJO

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Un mes. . . . .	12 rs.	Tres meses. . . . .	38 rs.
Madrid. . . . .	32	Provincias. . . . .	74
Seis meses. . . . .	62	Seis meses. . . . .	74
Un año. . . . .	120	Un año. . . . .	144

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

## DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Prim, núm. 2 — Madrid

Los pedidos de suscripciones pueden hacerse a la misma Administración en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

## EDICION ECONOMICA

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Un mes. . . . .	8 rs.	Tres meses. . . . .	21 rs.
Madrid. . . . .	20	Provincias. . . . .	46
Seis meses. . . . .	38	Seis meses. . . . .	46
Un año. . . . .	72	Un año. . . . .	84

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administración, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Baillière, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Carmen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Gujarro, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martín, P. del Sol; y Administración de El Cascabel, Plazuela de Matute, 2.—PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administración del Correo de la Moda, calle del Carmen, 24, 4.º; en Vainci, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos.—En París Mr. François Ehardt, 53, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Talbott.

## SUMARIO.

El ramo de violetas, por Blanca de Gassó y Ortiz.—El beso de una madre, por el Dr. Lopez de la Vega.—No griteis, poesía, por Jacinto Labaila.—Ayer, hoy y mañana, poesía, por Francisco Pomingo.—Fiestas mayores de Cataluña, por J. P.—Vista general del Escorial.—Filipinas, por X.—Zinka, por Ángela Grassi.—Modestia y vanidad.—Explicación del Figurin.—ARTE DADOS.—Charadas.—GRABADOS.—Fiestas mayores de Cataluña.—Filipinas.—Vista del Escorial.—Demandadera en las fiestas mayores de Cataluña.

tas, querida mia, porque toda sorpresa tiene más encantos si va precedida de la curiosidad, y deja de serlo desde el instante en que se adivina.

Llegó la hora en que satisfagas por completo tu grata curiosidad, admitiendo estas desaliñadas pero cariñosas líneas, hijas de un corazón que mucho te quiere, y te

tu sencillo y espontáneo obsequio, y puesto que con violetas me obsequiaste, quiero hablarte de las violetas, tus hermanas.

La violeta, querida Matilde, es la flor más humilde y delicada, cuyo suave aroma encanta cual el perfume de la tímida modestia, de que es emblema; por eso la violeta



FIESTAS MAYORES DE CATALUÑA.

## EL RAMO DE VIOLETAS.

A mi muy querida amiga

LA SRTA. DOÑA MATILDE PUELLES Y KEYSER.

Te dije no há mucho, mi querida Matilde, que te devolvería bajo otra forma un delicado presente que me habías dado. Esto despertó en gran manera tu natural curiosidad, y ¿qué será? «repetías no acordándote del regalito que pocas noches antes había yo recibido de tus manos; ¿qué será? no creo haberte hecho recientemente ningún obsequio.» No satisface por entonces tus pregun-

desea tanta felicidad como pueda existir sobre la tierra.

Por el epígrafe de este artículo comprenderás que el obsequio á que me refiero, es el ramito de sencillas violetas que tan cariñosamente pusiste en mis manos la última noche que se verificó en casa de los buenos y amables señores de Malpica una de las amenas reuniones con que agasajan á sus numerosos amigos, y á la que, como de costumbre, tuve la honra de ser galantemente invitada.

Yo pensé que cual otras veces tendria el gusto de ir contigo; pero no fué así: ya no recuerdo el motivo que impidió me acompañases; pero sí que agradecí en el alma

en su humildad, es la flor más hermosa que para mí existe, y es la primer flor que, pasado el crudo invierno, viene anunciando la benigna y risueña primavera con su luz, sus gratos murmurios, sonoras fuentes y parleras aves.

Cuando veo las primeras violetas se alegra mi alma porque adoro la primavera, y esas modestas florecillas son las primeras mensajeras que la primavera envía.

Muchas veces me he preguntado cómo la violeta tiene una existencia tan corta, y no pocas me he respondido: ¿Quién sabe si en otra vida ménos perecedera echará



más hondas raíces esa encantadora florecilla? Quizá venga á decirnos que si la modestia poco reina en el mundo, su perfume sube á los cielos donde se eterniza y convierete en puro incienso.

La violeta es una flor tan humilde que apenas alza un palmo del suelo y se oculta tímidamente entre sus verdes hojas como avergonzada de ser, en su pequeñez, la primer flor que el sol de primavera baña con sus espléndidos rayos.

¡Qué hermosa es la cándida timidez! ¡qué hermosa la humildad! ¡y qué hermosas las violetas!

Con violetas debes adornar siempre tus rubios cabellos, querida Matilde; no hay adorno más precioso ni adecuado para una jovercita que la modestia.

Violetas deben ser siempre tus puros pensamientos, violetas que sonríen tímidamente resguardadas por las hojas del candor que siempre te acompaña y brilla en tus hermosos ojos.

Forma una leve guirnalda de violetas, colócala sobre tus blancas sienes, y aunque cien y cien veces te repitan que eres bella, muy bella, no te enorgullezcas, ni te desdeñes de ser modesta, muy modesta, pues la modestia siempre es hermosa y el orgullo ó la soberbia afea el alma sin embellecer el rostro.

Tienes quince años; edad dichosa en que siempre se sonríe y se ve el mundo cual un encantado jardín en que todo sonríe también. ¡Dichosa tú, si durante toda la vida conservas un alma de quince años que nunca agobien las penas! Hay almas que nunca dejan de ser jóvenes y sonríen en medio de los sufrimientos ¡y no es que les falte sensibilidad, es que les sobra resignación! Esas almas sonríen aun en su desgracia porque son humildes cual las violetas. La resignación huye de la soberbia y se acerca á la humildad.

La belleza de la juventud es una flor inodora, si no le dan su perfume la modestia y las buenas acciones: una flor que muy pronto se marchita sin dejar memoria alguna de su efímera existencia. La hermosura del alma nunca perece; adornemos pues el alma con flores de eterno celestial aroma, y puesto que la humildad debe ser inseparable compañera de toda buena acción, al propio tiempo que la alegría del alma, y la humildad se halla simbolizada en las tímidas violetas, adornemos con ellas nuestras modestas almas.

La risueña primavera se acerca vestida de innumerables y variadas flores, derramando luz y armonías y desterrando heladas nieves y mortíferos frios. El invierno es la tristeza, como la primavera es la alegría. Unas estaciones de la vida se suceden á otras. Pero ¡ay! las de la primavera se deslizan rápidas cual la ventura, y las del invierno lentas como el dolor; lo cual sin duda alguna quiere decir que en la balanza del mundo pesan más las tristezas que las alegrías. Por eso las violetas viven tan poco, porque anuncian la estación más feliz y corta del año, que es la primavera.

Adios, querida Matilde; son muchas las frases que me inspira tu cariño y no terminaría este artículo, que sin embargo, deseo parezca tan leve y poco pretencioso como el título que lleva al frente.

Recibe, pues, querida mía, el sencillito ramo de violetas que te ofrece mi tierna amistad, y perfúlmalo con el aroma de tus modestas virtudes.

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.

## EL BESO DE UNA MADRE.

(ANÉCDOTA.)

El monte de Paradanta, cerca del majestuoso río Miño, en la hermosa provincia de Pontevedra (su capital *Pons Veteira Helenes*), se parece al Himalaya por la cabellera de árboles que coronan su graciosa cima, semejándose á cúpulas de templos greco-latinos, y es uno de los más históricos del antiguo reino de Galicia; Galicia, la *verde Erin española*, considerada por algunos una ingrata Siberia, poblada de *párias* y de *ilotas*.

En una mañana del mes de Abril de 1857, aparecióse en Sela, una de las pintorescas aldeas próximas á su graciosa falda, una caravana de portugueses que venían á rendir homenaje al apóstol Santiago, pidiendo que un hombre práctico en la topografía del país los acompañase hasta la Cañiza, á fin de poder tomar allí el carruaje para Vigo, la perla de los mares, y seguir desde allí su ruta á la Jerusalén de Occidente.

La luna, el sol, las estrellas, diríase que se habían reunido en aquel hermoso cielo de la bóveda del Miño, según el resplandor que fulguraba en sus ondas, que brillaban como facetas de diamantes en los pétalos de un torbellino de rosas de Alejandría.

El río Miño es el Ganges de Galicia, río célebre que

*purifica la tierra*, y en sus márgenes robustece el sol los más exquisitos frutos. Las armonías que surgen de aquellos valles siempre floridos, dejan en el alma los recuerdos más nostálgicos; recuerdos que son el latente sentir de los montañeses y ribereños gallegos, tan amantes del suelo donde vieron la primera luz, como los griegos que lejos de Troya cantaban los versos de Homero y de Hesiodo; los indios lejos del monte Merú, los del Mahabata, y los hebreos el cántico de los cánticos, que no ha podido imitar ningún poeta del mundo.

Entre aquellos hijos del hospitalario pueblo de Camoens y Vasco de Gama, figuraba un joven de 15 á 20 años, de simpático semblante, gracioso y apasionado, que superaba á sus compañeros en modales distinguidos, y era el que llevaba la cuenta de su gasto; en suma, era como el depositario de sus fondos y consejero absoluto de sus determinaciones. El idioma portugués, tan flexible como melódico, salía de sus labios como un torrente de perlas en la nacarada concha de un mar de plata. Tañía la bandurria (*rabeca*) con singular maestría, y érale familiar el lenguaje de las musas, el más dulce de todos los que puede imaginar la mente del hombre: *Est Deus in novis*.

Sentados en el átrio de la iglesia de la parroquia, después de un desayuno muy exquisito, cantaban á coro la popular canción portuguesa: *A Soloinha*, que es de las más tiernas y espontáneas de la poesía genuinamente lusitana; y lo mismo se canta en Lisboa, que en Río Janeiro, en Cintra, que en Petrópolis, á orillas del Duero, como del Amazonas, pues en unos y otros sitios vibra la suave *modinha* de Portugal, por ser este y el Brasil la conjunción de una misma nacionalidad, dividida tan solo por el Océano y distintos gobiernos.

—*¡Menino, cantas ou nao?* decía el más sesudo de la caravana, al joven cantor adolescente.

*Pois não, la vai isso,  
Soloinha dam um beijo,  
Que en che darei um vintem,  
Os veijos d'uma salaia,  
Sao caros mais sabem bem.*

—*¡Muito obrigado, meu amiguinho!* dijo con viveza el sesudo romero. *Niguen como este menino calma á minha angustia, á minha desesperação: joh! sou um louco, um desagradecido!*...

—*¡Y eso por qué?* preguntó el joven con viveza.

—Porque en Vianna, en Valença y en Valladares, quise pegarte....

—Porque es travieso, añadieron los otros á las anteriores palabras del hombre sesudo.

—Pero es dócil, dijo éste á su vez. Vereis cómo canta los versos del esclavo Antonio, de la escena sexta del acto quinto del drama *Camoens*, de Castilho.

—*¡Que los cante! ¡Que los cante!* dijeron todos á una sola voz.

El joven cantó:

*Vinde, Christo é nado,  
Enao me faças guerra;  
Anjos hao mandado  
Haber paz na terra.  
Mas á paz que en tinha,  
Como a-haverei eu,  
Sem vos, pastorinha,  
¿Que sois anjo meu!*

—*¡Bravo! ¡Muito bem!* exclamó toda la caravana con frenesí; este niño está llamado á un gran porvenir.

—Otro tanto decían de Homero, respondió Camilo, que así se llamaba el poeta cantor, y murió ciego en las playas de Chio, y de Camoens, y murió de hambre en un hospital de Lisboa.

—*¿Quién te ha dicho eso?* preguntó el hombre sesudo á Camilo.

—*¡Toma!* lo he leído en una obra de Garret.

—*¡Eres un prodigio!* murmuró el hombre sesudo, con un fondo indefinible de tristeza. ¿Recuerdas la donosa trova del Cancionero de romances, que el drama *Camoens* tiene en la escena primera del primer acto? Está en castellano.

—*¡Perfectamente!* respondió Camilo.

—Pues cántala, querido mío.

El joven cantó lo que sigue:

*«Decidme vos, pensamiento,  
¿Dónde mis males están?  
¿Qué alegrías eran estas,  
Que tan grandes voces dán?  
Si libran algun cautivo,  
O lo sacan de su afán,  
O si viene algun remedio,  
¿Dónde mis suspiros van?  
No libran ningun cautivo,  
Ni lo sacan de su afán,  
Ni viene ningun remedio  
Donde tus suspiros van.  
Mas venido es un tal día,  
Que llaman Señor San Juan,  
Cuando los que están contentos*

*Con placer coman su pan,  
Quando á los desconsolados  
Mayores dolores van.  
No digo por tí, cuitado,  
Que por muerto te tendrán  
Los que supieren tu vida,  
Y agora no te verán.  
Los unos te habrán envidia,  
Los otros te llorarán:  
Los que la causa supieren,  
Tu firmeza loarán,  
Viendo menor tu pecado  
Que el castigo que te dan.»*

—*¡Oh, parece feita para mim!* exclamó con tristeza el hombre sesudo, luego que Camilo concluyó la trova.

—Hablas el castellano como el portugués, dijo otro de los romeros, dando á Camilo una palmadita en el hombro.

—Como que nací en Galicia.

—*¡Vos! ¿Es posible?*

—*¡Por qué se admira V?* preguntó Camilo al hombre sesudo.

—Porque... por una necesidad. Todos somos hermanos.

Esta reticencia no dejó de llamar la atención del adolescente cantor.

Para los demás fué desapercibida.

De pronto se acercó una mujer joven allí y pidió una limosna á la caravana.

—*¡Pelo amor de Deus!* dijo el hombre sesudo. Señores, pide por el amor de Dios.

El primero que sacó una peseta y se la puso en la mano á la mendiga, fué Camilo. Los demás le fueron siguiendo, y el último fué el hombre sesudo, que le dió una libra esterlina.

—Señor, murmuró indecisa como la luz de una lámpara para la mendiga; se ha equivocado V. sin duda....

—Le he dado á V. cinco duros españoles, repuso secamente el hombre sesudo: eso es poco para la piedad que me ha inspirado *vossa senhoria*.... Dios le dé mas fortuna que la que tiene.

—*¡Ave María!* es V. un prodigio de generosidad, dijo tímidamente la pobre.

El joven cantor vertía lágrimas de reconocimiento, y sin saber por qué, una oculta simpatía le llevaba hácia el que tan espléndidamente habia socorrido á aquella infeliz mujer. Esta, movida por un arranque de entusiasmo, viendo llorar á aquel niño, se acercó á él resueltamente, y le besó con frenesí en su frente tersa y blanca como el jazmin del Cabo.

El joven se estremeció y quedó como estático ante la figura soberanamente majestuosa de la mujer desconocida.

Los demás no sabían lo que les pasaba.

La pobre no podía apartar la vista del joven adolescente, y éste la miraba de hito en hito. Un hilo eléctrico parecia haberse entablado entre sus almas, y una atracción indefinible los acercaba misteriosamente. El hombre sesudo estaba absorto en una contemplación casi dolorosa, pues acababan de despertar en su mente recuerdos de otras horas, y tenia como *arrepentimiento*.

La pobre volvió á besar la frente de Camilo, y de improviso lo abrazó con un arrebato de ternura, que solo comprendió el alma del joven, cuando oyó la palabra mágica de *«¡Hijo mío! ¡un beso más, un beso solo!»* y entonces pudo apenas articular el dulce nombre querido hasta de los pájaros *«¡madre, madre mía!»* y ámbos quedaron como desfallecidos. El hombre sesudo, no pudiendo dominar las sospechas que este encuentro le causaron, se acercó á la pobre, y cogiéndole dulcemente las manos, le dijo: *«¡Eres tú, Luisa!»*

La pobre entonces se desprendió de los brazos de su hijo, y mirando con tristeza al hombre sesudo, prorrumpió en un mar de llanto y exclamó: *«¡Todavía te amo!»*

—*¿Me amas aún, Luisa?* preguntó el devoto de Santiago.

—A pesar de tu abandono: hé ahí á tu hijo.

—*¡Oh! ¡meu filho! ¡Meu coração! ¡Meu pai!* dijo Camilo echándose en los brazos que su progenitor le habia tendido ya.

Entonces los demás de la caravana comprendieron lo que habia entre aquellos tres seres, y no pudieron menos de asociarse á su efusión y ternura, vertiendo sentidas lágrimas.

¿Qué es lo que habia habido entre el hombre sesudo y la mendiga?

Aquel era un rico fidalgo portugués, un *Morgado da veira do Minho*, que galanteó á una sencilla aldeana de Puenteareas, allá en sus floridos años. De este amor nació un niño; este niño era Camilo, que habia ido á buscarse la vida á Lisboa, teniendo apenas nueve años. Allí entró al servicio del poeta Castilho, y aprendió á leer y escribir, por su *método repentino*, que es el más prodigioso que se conoce para este objeto. El hombre sesudo, á



quien seguiremos llamando el doctor Fonseca, pues lo era en derecho y cánones, hablando con Castilho de su proyectado viaje á Santiago, le recomendó al *menino es-panhol*, pues podía servirle de administrador y alegrarle con sus cánticos, viajando así con menos *saudades*. Camilo escribía á su madre dos veces cada mes; pero habia faltado el último, que era el del viaje, y ella se resolvió entonces á ir á saber de él en persona. Por eso iba por Sela, á embarcarse en el *Miño* para Valladares, con el fin de seguir despues á Lisboa, en busca de su querido hijo.

Hé aquí la explicacion de aquel encuentro.

Cuando el doctor Fonseca vió que tenia un hijo de tan precoz talento, sintió por su madre una compasion indecible y su amor de otros dias renació en su corazon, no del todo muerto para los deberes que le habia prescrito la paternidad.

¡Pobre Luisa! decia á su amada de otras horas: ¡cuánto habrás sufrido! Y aun estás hermosa y eres jóven.... ¡Oh! fui un perverso; perdóname *minha amiga*! Vente conmigo á Santiago y allí bendecirá nuestra union el arzobispo de la Jerusalem de Occidente.

—¿De veras, padre mio?

—Nada más justo, *meu menino*. ¡Cómo podré llamarte hijo, si no te doy una madre legítima?

—¡Dios os bendiga, padre mio!

—¡Dios te bendiga, Fonseca!

—¡Cumple con su deber!

Estas palabras salieron de los lábios de Camilo, de Luisa y de los demás romeros, por su orden y con verdadera fruicion de reconocimiento.

Cuatro dias despues, delante del majestuoso altar de la Soledad, en la catedral compostelana, el doctor Ramiro Magalhaes Teixeira Freitas de Fonseca, fidalgo del rey de Portugal, caballeiro do hábito de Christo, etc., daba su mano de esposo á Luisa Saavedra de Piñeirua, humilde aldeana de la provincia de Pontevedra, hermosa y pura en sus primeros años juveniles, como despues fué siempre honesta, laboriosa y creyente, sin proferir nunca una queja contra los hombres ni contra Dios, siendo luego un modelo de esposas, y llamando con justicia la atencion de la ciudad de Braga, donde vive actualmente, por todas las virtudes que constituyen la corona de las desposadas.

Su hijo Camilo es ya doctor de la universidad de Coimbra, y figura dignamente entre los m inspirados poetas y publicistas de la reina del Tajo.

Cuando nosotros vemos estas providenciales consecuencias de un extravío, en que la virtud queda mancillada, no podemos menos de bendecir á la Providencia, que al fin de las tempestades en que pone á prueba la inocencia, la hace salir triunfante y radiosa, como el rey de los astros.

Cierto es que la vida es menos sólida que la palma y más fugaz que la espuma del mar; pero en medio de sus dolores y amarguras, siempre la virtud gana un premio y se ostenta como la flor del loto que sale del fondo de las aguas, sobre su argentada superficie, alegrando con su vista al navegante que canta en la ribera, triste como la alondra solitaria,

Diciendo:

¡Ay! quién pudiera  
Volver á navegar!

DR. LOPEZ DE LA VEGA.



## NO GRITEIS.

La vida es sueño.  
(CALDERON.)

¡Silencio!.. no griteis... está durmiendo  
y apenas que respira se percibe:  
el ángel del reposo  
se sonríe al mirarla  
y acercándose al lecho, silencioso,  
en su seno tranquilo la recibe.  
Suave una luz velada sus destellos  
blandamente proyecta  
sobre esa criatura tan perfecta;  
y ella, bañada en ellos  
parece una fantástica figura  
de movable contorno;

japaricion de un sueño delirante  
que nuestra vista asombra  
al ver que de ella en torno,  
cambia á cada instante  
de luz y de perfiles y de sombra!..  
¡Con qué tranquilidad está dormida!..  
¡Sobre la blanca almohada  
la cabeza tendida,  
en su escorzo bello,  
serpenteando la brillante trenza  
del lustroso cabello  
que á la seda finísima avergüenza!..  
Los ojos entornados

y mística hora la luz conque deslumbran  
cuando abiertos de amor relampaguean;  
que aún cerrados alumbran,  
á su brillo no hay brillo que aventaje;  
¡Hasta cerrados brillan  
de las pestañas tras el denso encaje!..  
Los hechiceros brazos  
tendidos muellemente

sobre la blanca holanda de su lecho,  
y en su traje de noche mal ceñida,  
adivinar la vida  
en el vaivén de su movable pecho!..  
¡Con qué tranquilidad ella reposa!  
¡De su semblante celestial la tinta  
pálida, el sueño borra,  
y de jazmin y rosa el sueño pinta!

¡Quién en este momento  
pudiera adivinar su pensamiento!..  
¡Qué sueño su alma toca,  
que su rostro se anima,  
y una sonrisa plácida  
viene á jugar en su rosada boca!..  
¡Es que aún vaga en su errante fantasía  
la postrimer idea  
que al conciliar el sueño acariciaba,  
y sueña en sus amores,  
viviendo en un oculto paraíso  
lleno de resplandores,  
de música, de aroma y de flores!..  
¡Si sueño tan brillante  
florece en este instante  
en tu mente risueña,

no despiertes jamás, y... sueña, sueña!..  
Si cruzas, en tu sueño de alegría,  
otra mansion seráfica y hermosa,  
otro mundo de amor y de poesía,  
no como este de prosa;  
Otro mundo más grande,  
donde ostente el amor su primitiva  
virginidad nativa,  
en donde no se sientan  
los deseos profanos  
conque en la tierra impura  
manchamos su diáfana blancura;  
si es eterno el amor en las regiones  
por donde ahora adormecida vagas,  
si en ellas los amantes corazones  
se adoran, sin querellas ni desvelos,  
y su cariño loco  
jamás inspira del pasado, celos,  
y ni temor del porvenir tampoco:  
Si viven en eterna primavera,  
si los amores sin cesar florecen  
en esa ideal esfera,  
y allí nunca envejecen,  
siendo el amor allí esencia infinita;  
si allí la posesion nunca consigue  
hacer morir á la pasión ahita;  
Si allí la inconsecuencia  
un Leteo no es de cuyas aguas  
beben los corazones,  
olvidando sus débiles pasiones;  
si allí no existe la cruel ausencia,  
ni la muerte—la ausencia perdurable—  
si allí en fin el amor no es una copa  
de acibar y de miel; si solo encierra  
su líquido eternal, rica dulzura,  
sin que caiga en su fondo ni una gota  
de áspera amargura,  
y su celeste nectar  
no se malea ni jamás se agota,  
mi dormida risueña,  
no despiertes jamás, y... sueña, sueña!

JACINTO LABAILA.

## AYER, HOY Y MAÑANA.

(A MI QUERIDO AMIGO JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.)

Ayer, al irme á acostar,  
Con precaucion muy prolija,  
De mi idolatrada hija  
Iba el sueño á contemplar;  
Y con amante embeleso,  
Con idolatría loca,  
En su purísima boca  
Dejaba mi amor un beso;  
Y al venir la luz del dia  
Sentia sobre mi frente,  
Que aquella boca inocente  
El beso me devolvía;  
Y en la lumbré de sus ojos,  
Y en los dulcísimos lazos  
De sus amantes abrazos,  
Olvidaba mis enojos.

Hoy, que mi ventura pierdo,  
Sin que á mi Clotilde vea,  
Me aduermo con una idea,  
Y me despierta un recuerdo.  
¡Por qué á mi vista se esconde  
Robándome la alegría!..  
¡A dónde está la hija mia  
Que la llamo y no responde?  
¡No la conduce el mirar  
Que ya me tiene el sufrir  
Ronco de tanto gemir,  
Ciego de tanto llorar!..  
¡Mañana, al cielo le cuadre,  
Que por siempre estén unidos  
Junto á sus restos queridos  
Los tristes restos del padre;  
Y enlazadas cual dos palmas,  
Verá la humana miseria,  
En la tierra la materia  
Y en el cielo nuestras almas!

FRANCISCO DOMINGO.

Madrid 24 de Marzo 1872.

## FIESTAS MAYORES EN CATALUÑA.

La provincia que pasa por una de las más formales y graves de España, no es por cierto de las menos bulliciosas, y si se atarea cuando importa, también sabe aprovechar las ocasiones de divertirse, utilizándolas con tanta mayor expansion, cuanto mayor es la compresion de sus quehaceres habituales.

Porque el suelo catalan, si escaso para sus moradores é ingrato en mucha parte, causa primaria de la actividad de los mismos, en cambio como todo país de montañas, es vigoroso, estimulante, poético y vivificador. Y acaso la antigua raza visigoda que tan perfectamente se aclimató en él, debió dejar algo de su vigorosa energía y de su arrojo caballeresco á esos fieros montañeses, á la par tan osados y generosos, que á todas las nobles causas prestan su simpatía, que en caso necesario saben levantarse como un solo hombre para vengar una injuria, defender al oprimido, ó ofrecer hidálgamente su pecho, cual muro insuperable á los enemigos de la madre patria.

En el seno de onduladas colinas revestidas de vides ó sombreadas por los naranjos, véanse asomar vegas y cañadas con alegres alquerías, entre surcos de mieses, bandadas de hortalizas y líneas de frutales doblándose bajo el peso de lozana produccion. Con el suave aromá de las flores, mézclase allí el balsámico perfume de las plantas silvestres: el manantial que brota entre la peña y el arroyo que salpica su espuma en la arena, suavizan el ambiente con sus húmedas emanaciones; al mismo tiempo una brisa ligera desprendida de las montañas, templada deliciosamente los ardores del sol, que de ordinario resplandece en medio del éter mas puro.

No siempre, empero, la campiña ofrece un aspecto tan galano: á las dehesas y carrizales suceden á menudo quebradas y desfiladeros; á las onduladas colinas, cerros y peñascos sobre cuyas bancadas calizas apenas verdea tal cual pradecillo. Y sin embargo, la pobre vegetacion que en aquellos lugares se da, es de lo más nutrido, las aguas de lo más regalado, los aires de lo más saludable; dígalo si no la lozanía de las serranas y la longevidad de los viejos que allí pasan una vida, si monótona, ajena de cuidados.

Como quiera, la poblacion catalana, hacinada en breve espacio, naturalmente ha debido escogitar recur-



le las producciones que la naturaleza le rinde. Así es que en los millares de aldeas y cortijos derramados por toda la haz de las cuatro porvincias, en las numerosas villas y ciudades repartidas por sus vías y escalonadas en sus puertos, es singularísimo el tráfico; la muchedumbre hormiguea en todas ellas; humean continuamente las fábricas; martillean los obradores; millares de vehículos en incesante acarreo, y á cada momento, naves de toda procedencia aportan á sus orillas los elementos ó el premio de su activa manipulacion.

Llega, sin embargo, una circunstancia en que, sin menguar este movimiento, cambia totalmente de carácter. Las máquinas duermen y los talleres enmudecen.

Lució el día de la feria, de la romería ó del santo patron del lugar; día feliz y suspirado, cuya sola imagen alegró los corazones en la soledad del campo ó en la barahunda de las oficinas; día notable al que viejos y jóvenes contraen sus memorias ó sus esperanzas, para el cual ceba sus gallinas la hacendosa *mesonera*, merca el

solemne oficio de la mañana, y el rosario vespertino. En muchas localidades, hay en esa capilla ó iglesia, instituida una agremiacion de doncellas bajo el protectorado de su madre por excelencia, la Reina de los cielos; y al objeto de propagar el culto, todos los domingos una demandera pudorosamente rebujada en blanca mantilla, sale á recorrer la poblacion, recibiendo de puerta en puerta en una vacía, engalanada exprofeso de lazos y flores, el humilde óbolo con que á su ruego corresponde cada prógimo: tierna costumbre en que la inocencia mueve á la piedad, á favor de uno de los objetos mas interesantes para los corazones cristianos; ¡el homenaje á la celeste Virgen, fomentado por las vírgenes de la tierra!

Durante treinta y seis horas, la retirada capilla se convierte en centro del mayor bullicio; pues regularmente los festejos empiezan desde la víspera. La multitud de los fieles, no cabiendo en el sagrado, hacen templo de la plaza: un gran toldo sostenido por arcos de retama, sirve de átrio improvisado; las paredes están colgadas de

santuario, donde se celebran sobre un cerrillo, desde el cual se descubren deliciosas perspectivas en un soto poblado de árboles, que brindan gratas sombras en lecho de flores y musgo. Numerosas comitivas acuden alternativamente desfilando por las veredas, ya de lugareñas con su saya corta y su capuchon puntiagudo, ya de montañeses con su gorro colorado y su manta de arlequina, que se destacan en brillantes tintas sobre los vagos matices del paisaje. El anciano acompañado de toda su prole; la madre de familia con su criaturilla en el regazo; el labrador rico y el mendigo astroso, todos concurren, todos se llegan, unos andando paulatinamente apoyados en sus báculos, otros expoleando bravamente sus monturas, enjaezadas con gran balumbo de petrales y cascabeles.

Estas juntas, en catalan *apledis*, ofrecen á menudo el aspecto de un verdadero campamento. Acudiendo gentes de muchas leguas alrededor, sus respectivas caravanas suelen formar otros tantos grupos que vivaquean en co-



VISTA DE FILIPINAS.—POBLACION CAMPESTRE DE LOS ALREDEDORES DE MANILA.

colono su tiernecillo recental, en cuyo obsequio la *nina* garrida borda el collarin que ha de lucir sobre su turgente seno, y el *fadrí* regala á su *teta* el dije que hará la envidia de amigas y compañeras: día que servirá de punto de partida para lo restante del año, en que se estrecharán lazos de familia, el colono renovará sus arriendos, y el cosechero expenderá sus vinos, y el señorón propietario en vetusta calea se digna venir durante algunas horas á ocupar la desierta quinta para autorizar la fiesta que va á celebrarse con su importante personalidad.

Acontece á menudo en medio del barrio mas feo y de la plaza mas humilde asomar su pobre fronton una capillita ahogada entre grupos de casuchas desiguales. Lámpara solitaria brilla apenas al través de la verja que la resguarda; cuatro viejas júntanse á la hora prima á oír la misa de fundacion, y en las dominicas algunos niños callejeros se acercan á recibir doctrinales instrucciones. Mas no bien raya el día magno, notable y único del santo patron, es de ver la trasformacion que instantáneamente se opera. El vecindario en masa, como protestando de su anterior indolencia, con una devocion exagerada, esmérase en obsequios y demostraciones los más sagrados. Cada industrial, suspensos sus trabajos, se improvisa sacristan, muñidor ó maestro de ceremonias; á su vez el beneficiado, asistido de una comision de probombres, cuida de concertar sermon y música para el

telas de colores; el suelo está sembrado de hinojo y espliego; vistosas flámulas tremolan en todos los altos; el altar ríela de luces; llega la hora, las cabezas se humillan, y el servicio empieza al son de la orquesta que hincha el aire con sus notas tumultuosas. Por las vecinas calles, armáanse zambras, sortijas y cabalgatas: unos corren borricamente montados para disputar el premio de partido al mas veloz; otros cabalgando en buenos alazanes se disparan contra la argolla que desde él han de ensartar con una varita, ó bien tiran del cuello de un ganso que ha sido colgado patas arriba para este bárbaro ejercicio; á su vez los muchachos procuran atrapar con cañas partidas algunas manzanas que flotan dentro de una portadora, ó acertar de un palo, y con los ojos vendados, la olla que pende repleta de golosinas. En ciertos lugares se corren vacas con una soga atada á las astas, de la cual tiran varios aficionados, dándose encontronazos por los postes y esquinas. Rara vez faltan uno ó más *salones* de baile, donde se suda el quilo á beneficio de una temperatura tropical, y casi siempre en la velada corona dignamente los festejos alguna recreacion pirotécnica. No mentaremos, por ser de rigor, la opípara comida con que las familias en lo íntimo del hogar doméstico se regalan en honor de la solemnidad.

Si deseamos ver estas fiestas desplegando toda su animacion, trasladémonos á la rústica ermita ó al devoto

mun al arrimo de los mismos carros, que han servido para trasladarse, ó al resguardo de las reses que han traído para feriar. Acuden asimismo, haciendo pasada de varias mercancías, los buhoneros trashumantes que andan de pueblo en pueblo expendiendo artículos de uso comun, como son sedería, lencería, camisería, fajas, etc., los baratijeros allegadizos y los chalanés de circunstancias; el quinquillero, el cacharrero, el fabricante de aperos, el pregonero de frutas estacionales, el que feria títeres y capillas, el que vende golosinas y pan pintado. Los tenduchos que unos y otros especuladores levantan, contribuyen no poco á la vistosidad del cuadro, cuyo movimiento, por lo demás, es incomparable. Mientras á un lado se tañe y retoza, á otro se canta y vocea; aquí se guisa, allí se merienda; estos juegan, aquellos rifan; los mancebos y las doncellas, juntadas sus manos, rozan con pié ligero la verde alfombra que debajo de ellos ha tendido la naturaleza.

Para acabar de asordar al tímpano más récio, empieza un endiablado concierto de esquilonés y escopetazos. ¿Cuál es la causa de esta novedad?

La procesion de *rúbrica* sale á pasear los alrededores, acompañada de grotescas comparsas, dulzainas y chirimias. En muchos pueblos, y aún en las ciudades de nota, la intervencion de adminículos mimo-coreógrafo-gimnásticos, es el salpimiento de la fiesta: ¿qué harian en efecto, Figueras sin sus *diablillos*, Vich sin su *paloteo*, Tar-



desde el  
soto po-  
n lecho  
n alter-  
gareñas  
de mon-  
lequina,  
gos ma-  
toda su  
n el re-  
os con-  
amente  
amente  
petrales

nudo el  
o gentes  
ravanas  
n en co-

rido pa-  
an trai-  
ada de  
que an-  
de uso  
as, etc.,  
unstan-  
de ape-  
eria tí-  
intado.  
vantan,  
ayo mo-  
as á un  
aquí se  
fan; los  
zan con  
ha ten-

empieza  
petazos.

ledores,  
y chiri-  
s de no-  
fo-gim-  
rian en  
eo, Tar-



EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras*

Plaza de Prim 11, 3.

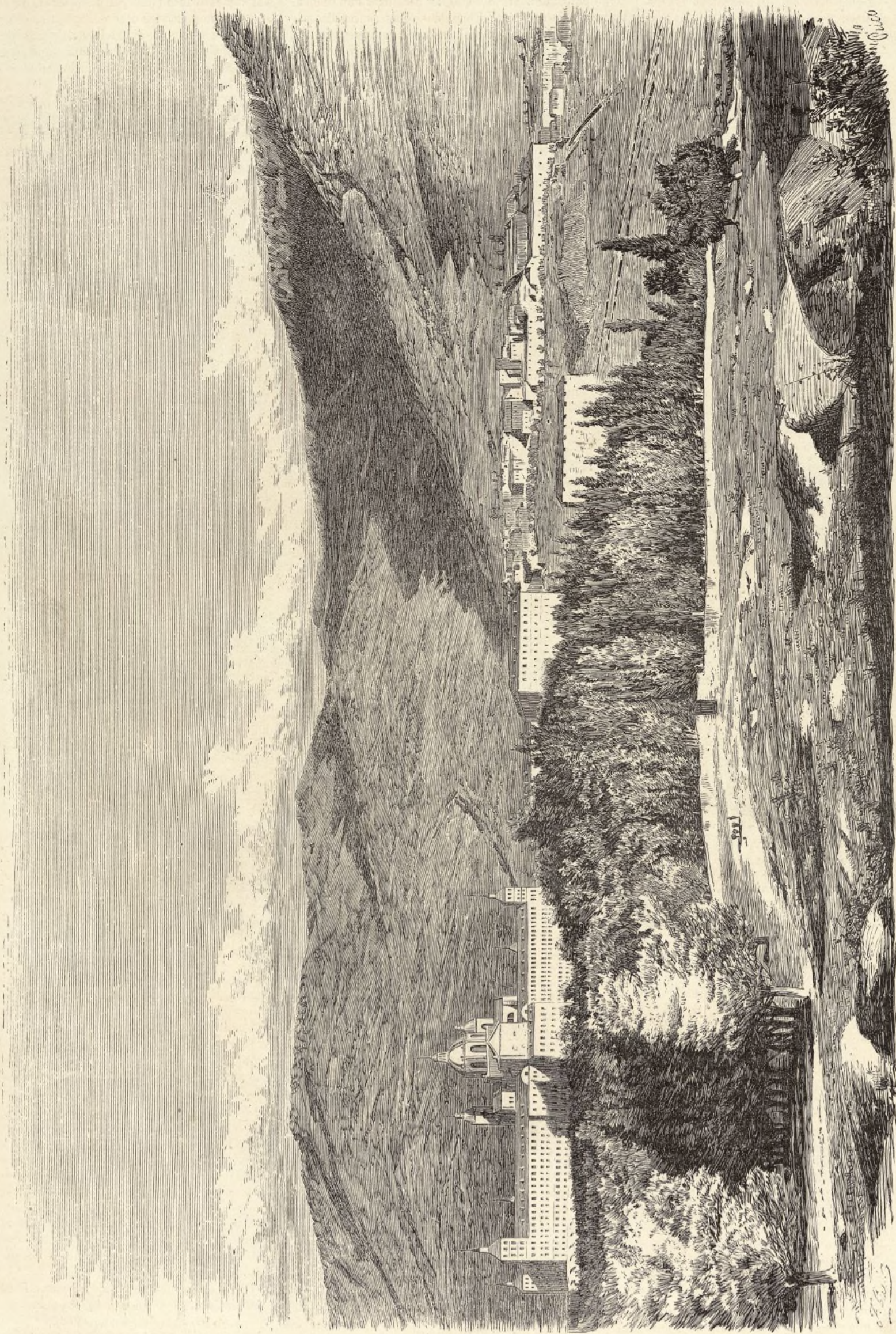
Ayuntamiento de Madrid



ragona sin sus *mal casados*, Reus y Valls sin sus *torres de chiquets*! Luego, tras larga série de pendones y banderas, es graciosa vista la de los escuotos palurdos, que

Por lo comun cierran la comitiva, en autoriza la presidencia, el cura, los obreros, ó el cabildo concegil. Esta ceremonia, con más ó ménos boato, segun las

importancia, prestando á veces rasgos característicos. Cuantos pasamos la vida bajo la presion de una capital, hallamos singular embeleso en esas populares demostra-



VISTA GENERAL DEL ESCORIAL.



ya abrighalos con el gambeto, aun en los rigores de Julio, ya revestidos con una corta sobre-pelliz á guisa de monagos, llevan sendas antorchas ó cargan sobre sus hombros las ponderosas andas del santo.

localidades y la correspondiente funcion de iglesia, constituyen la parte religiosa de la fiesta. La profana, aunque girando casi siempre sobre el eje de las diversiones que dejamos apuntadas, difiere mucho en

ciones al aire libre, iluminadas por un sol esplendente, recamadas por la pradera, donde al son de la gaita triscan con toda la lozanía de su constitucion, con la fuerza de su vitalidad, el montañés alzado y la villana de ojos negros.



El baile, que en todos tiempos hizo el principal gasto en los regocijos del hombre, sobre todo puede contar con la mujer y forma también parte de los que nos ocupan, ya sea sencillo y sin pretensiones cuales la *zarafanda*, la *bulanguera*, el *ball rodo*, el *contrapás*, ya ceremonioso y solemne cuales el *tirabon*, las *camelleras*, el baile de *plaza* y modernamente los *saraos*.

En la imposibilidad de describirlos todos, nos ceñiremos al de *plaza*, por ser el indispensable de las fiestas mayores catalanas, y una especie de acto de etiqueta que abre la puerta a los demás festejos, en el que no se desdénan de presidir el padre cura, y de tomar parte el *magnífico* ayuntamiento.

Nosotros hemos visto a los representantes de un municipio, sombrero en mano, cubiertos los hombros con el imprescindible gambeto y cruzado el pecho con la roja banda, inaugurar gravemente esta danza, asidos de sus respectivas mitades, en medio de la plaza del lugar. No critiquemos costumbres, porque en todas ellas hay algo de venerando: esa misma, ¿no viene a ser un autorizado homenaje al santo patron, una sancion oficial de los regocijos, un símbolo de la armonía que reina en la comunidad, una garantía de holgura para los subordinados y hasta un ejemplo de decoro que en las circunstancias se les ofrece? Porque el baile dicho, es decoroso si lo hay; formadas las parejas, los hombres se separan de las mujeres, colocándose en corro, uno enfrente de otra, y con muelle movimiento se balancean al compás de la contradanza, sin tocarse apenas las manos para hacer media cadena y acabar una rueda general. En cierto paso de él se hace *cama*, esto es, se descansa, y entonces aparecen unos mozos trayendo en bandejas ramitos de flores artificiales y abanicos de baratillo, los que son escogidos y ofrecidos por los bailarines a sus compañeras, pagando por ellos un precio tarifado, cuyo producto se invierte en ayuda de costas de la función. A esta usanza antiquísima alude un estribillo, que al son de la clásica música del mismo baile, empieza:

Set sous ysis l' vano,  
Mitja peseta l' ram, etc.

Por de contado, el ganar muchos abanicos y ramos, es cosa que halaga la vanidad de las niñas, puesto que acredita los homenajes conseguidos por sus propio merecimiento, y esos trofeos suelen conservarse largos años en las familias como emblemas de tan graciosa victoria.

Desgraciadamente tales usos van desapareciendo por momentos, pues el espíritu innovador del siglo trasciende hasta las humildes aldeas. Bastardeadas las creencias, han de bastardarse las costumbres; ha decaído su interés perdiendo el cuadro su mayor relieve; por manera que ya en lugar de los antiguos alborozos, recomendables por su sencillez y espontaneidad, solo van quedando rústicas patochadas, despreciables por su ridiculez. La juventud aldeana no se aviene con los añejos trajes que daban tanto realce a sus formas, y tanto carácter a sus congresos, adoptando en cambio prendas incoherentes que producen, sobre todo en las mujeres, el efecto más desgraciado. Aquel talle por demás esbelto que lindamente se dibujaba bajo el corpiño y el rapacejo, desaparece ahora entre paletós informes y faldellines abultados; la tostada mano que lucía sobre las mallas del negro mitón ó *mangote*, rebosa ahora feamente de la pajiza cabritilla; el robusto pie tan provocativo cuando calzaba blanquísima media y bien recamada chinela, queda ya deformado y estrujado por la compresión de la botita. Por otra parte, a las bellas danzas del país sustituyen polkas y redowas: no se contentan las parejas con darse ligeramente las manos, sino que se enlazan y zarandean de un modo grosero y fatigoso. Ya se comprende que el interés de las fiestas mayores debe de resentirse de tamaña innovacion.

J. P.

## FILIPINAS.

### POBLACION CAMPESTRE DE LOS ALREDEDORES DE MANILA.

En nuestro número de hoy damos un grabado que representa una pequeña población rural de los alrededores de Manila. Su aspecto pintoresco recuerda las que muchos de nuestros lectores habrán visto en el reino de Valencia, y que consisten en algunas casas y multitud de barracas, cubiertas de cañas y ramas de árboles. Nada tiene de extraño esta clase de construcciones en Filipinas, si se atiende a que sus moradores son los que mejor librados salen de los cambios de vientos y los terremotos, tan frecuentes en el suelo volcanizado de aquellas islas, las cuales destruyen a veces poblaciones enteras. Especialmente cuando los vientos no van acompañados de lluvias, ó son lo que los naturales del país llaman *collas*

*secas*, anuncios casi siempre de tempestades ó *bagyos*, se convierten en huracanes terribles que, a la siniestra luz de los relámpagos, y entre el fragor de los truenos, levantan los campos, arrancan de cuajo los árboles más corpulentos, derriban las casas, y arrastran en pos de sí las ruinas, estrellando las embarcaciones contra la costa y aun arrojándolas, como ha sucedido á menudo, en medio de las poblaciones asustadas; presenciándose entonces el cuadro más espantoso de las vicisitudes atmosféricas en el país más bello, más rico y más pintoresco de la tierra. Todavía está fresca la memoria del último terremoto que hubo en la capital, y de las desgracias que ocasionó, sepultando bajo los escombros de casas destruidas a la europea a un sinnúmero de personas, y produciendo pérdidas incalculables de todo género, muchas de las que se hubieran evitado si el sistema de construcciones hubiese correspondido a lo que exige aquel suelo, que tan combatido suele verse por la furia de los elementos.

## VISTA GENERAL DEL ESCORIAL.

Ya que tanto nos hemos ocupado en números pasados de este célebre monumento, que constituye una de nuestras más preciadas glorias, hoy ofrecemos a nuestros lectores el conjunto de las bellezas que ofrece a los ojos del viajero que llega ansioso, quizás de remotos climas, para contemplar su magnificencia, y leer en sus muros la historia de nuestro perdido poderío.

## ZINSKA.

(RECUERDO HISTÓRICO DE CATALUÑA.)

Dedicado a mi amigo el Sr. D. Felipe Carrasco y de Molina.

(Continuacion.)

### IV.

Muchos días han transcurrido, y en la torre de la Mezquita aun brilla la orgullosa media luna. Los sarracenos oponen una tenaz resistencia, y aunque el hambre devora sus entrañas, la desesperacion les presta aliento.

Era el anochecer de una tarde de otoño, y en un delicioso bosquecillo del Harem veíase a un caballero cristiano recostado en un banco de césped, y a una mujer de esplendorosa belleza, arrodillada a sus pies sobre la grama.

El caballero estaba muy pálido, y de sus tristes ojos se escapaba una lágrima.

La mujer le estrechaba la mano con delirante ternura. Era Zinska, la hija del rey moro de Almería.

—¡Ay, exclamó con melancólico acento; un instante te redujo a ser mi esclavo, y ha pasado un mes sin que haya podido ampararme de tu alma! ¡Hace un mes que velo a la cabecera de tu lecho; que aplico a tus labios el bálsamo del consuelo, que espío cada una de tus miradas, que adivino cada uno de tus pensamientos, y nunca una palabra de gratitud, nunca una mirada amante ha pagado mis desvelos! Dices que perteneces a otra mujer; a una pobre niña que te ama como se ama en la primera aurora de la vida, otorgando nuestro culto a cualquier objeto; como ama una cristiana, anteponiendo a su amor su religion y el lustre de su nombre.

¡Oh, Ponce, si aceptaras mi amor, me hallarias dispuesta a sacrificar por tí, nombre, riqueza, religion y patria; si aceptaras mi pasión ardiente, tú serias mi único ídolo y trocaria para tí la tierra en el dichoso Eden de los placeres! ¡Te seguiria a todas partes: al campamento cristiano como esclava, a los desiertos de Africa como tu amante esposa. ¡Mira, nunca he amado, nunca! Hasta ahora solo he hallado placer en las emociones de la caza, en los peligros de la guerra. Solo amaba a mi padre, pobre anciano, sujeto siempre a mi voluntad por los lazos de un idolatra cariño. Yo era la que enviaba mis huestes a conquistar nuevas comarcas, yo era la que enviaba nuestras galeras a enriquecerse con los despojos de las vuestras. Yo soy quien ha aceptado la guerra, quien ha ordenado la defensa. Pues bien: ¿quieres que abjure mi ambición, que renuncie al trono, que abra a los cristianos las puertas de Almería, pidiéndoles tan solo en cambio la vida de mi padre, quieres?

Ponce se cubrió el rostro con las manos: aquella mujer, mezcla extraña de salvaje energía y de pasión ardiente, pero de una hermosura tan prodigiosa; aquel amor inmenso, delirante, expresado con tan arrebatadoras frases, ejercían sobre él una sensación fascinadora. Muchos días hacia que luchaba contra los encantos de aquella sirena, y conocía que su alma iba desfalleciendo en la lucha. Estaba bajo el poder de un vértigo, y en

vano invocaba con ardor el recuerdo de su pura Almodis. La virgen ceñida de blancos velos se remontaba al cielo, y aparecía en su lugar el semblante inflamado de la hermosa mahometana. En vano Ponce comprimía el corazón con ambas manos para obligarle a contener sus latidos; en vano se apretaba la frente para obligar a su imaginación a que fuera solo el reflejo del pasado: cuanto más rudo era el combate más servia para demostrarle su flaqueza. A veces creía que había bebido un filtro misterioso, otras que era Satan quien le tentaba; pero sea cual fuese el poder que le oprimía, se sentía sin fuerzas y vencido.

—Pero yo te amo más que ella, prosiguió la joven con exaltación; yo te he conservado la existencia al precio de la mia, yo estoy pronta a sacrificarte cuanto hay en mí ser de noble y generoso.

Mátame, Ponce, mátame; pero haz que al morir oiga de tus labios una palabra amante. ¿Crees que puedo vivir sin tu amor? ¡Imposible! Tus ojos son la luz que me ilumina, tu voz es la suave armonía que me electriza, y tu aliento es el aire que me da la vida. Amame, Ponce, amame; mírame de rodillas, ten compasión de mí.

El sol se había hundido en el ocaso: la luna deslizaba en el bosquecillo sus trémulos rayos de plata, el céfiro esparcía en torno las emanaciones de las flores, y las fuentes murmuraban. La noche apacible y poética desplegaba todos sus encantos.

Ponce inclinó la cabeza sobre el rostro de la joven y suspiró en voz baja.

¡Te amo!

¡Pobre Almodis!

¡Ay, que el amor graba sus recuerdos sobre cera, y esta se derrite con los rayos de cada sol que pasa!

Trascurrieron muchos días. Ponce tenía ya fuerzas para manejar la espada, y no obstante permanecía inerte en el harem de Zinska, la hija del rey moro.

Amor, patria, religion, todo lo había olvidado.

Pero una noche sonaron de improviso los instrumentos de guerra. Los arietes acababan de abrir una brecha, y los sitiadores habían penetrado hasta el centro de Almería.

Ponce despertó de su enajenamiento; recordó todos sus olvidados deberes, y arrancando la cimitarra de manos de un musulman, corrió a vencer ó morir con sus hermanos.

El combate fué espantoso, encarnizado, terrible; pero el primer rayo del sol iluminó el estandarte de la cruz que ondeaba triunfante en la mezquita, y al choque de las espadas, al concierto de los desesperados lamentos, había sucedido el himno de victoria que entonaban ébrios de gozo los cristianos.

(Se continuará.)

ANGELA GRASSI.

## MODESTIA Y VANIDAD.

ARREGLO DEL FRANCÉS, POR MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

### I.

Hay en París la costumbre de recibir en cada casa un día a la semana, medida oportuna por más de una razón: así cada uno está seguro de ver a sus amigos el día señalado; los que van a visitar saben que no han de tomarse la molestia de un viaje inútil, y unos y otros tienen todo el resto de la semana libre para entregarse sin ser interrumpidos a sus negocios y ocupaciones.

El día que cada familia dedica a recibir, está franca la entrada día y noche para todas sus relaciones, y si estas son afectuosas y cordiales, están seguros los individuos de ella de pasar algunas horas agradables, al menos cada semana.

Mme. Ducrest, dama opulenta y elegante, había adoptado también esta medida general: el jueves era el día señalado por ella a sus numerosos amigos para ir a visitarla: aquel día se renovaban los ramilletes del salón, se perfumaba éste, se limpiaban cuidadosamente los muebles de ébano y concha, así como los dorados de los espejos, se graduaba la luz para el mejor efecto posible, y Mme. Ducrest y su hija, la linda Elena, se situaban en él después del almuerzo, coquetamente vestidas y peinadas con la más exquisita elegancia.

Generalmente había gentes a comer el día de recibo, y por la noche tenía lugar una reunión más ó menos numerosa, pero siempre escogida y encantadora, en la que se hacía buena música y se bailaba hasta muy tarde como fin de fiesta.

No hay que decir que Elena deseaba mucho los jueves, y que la misma Mme. Ducrest los veía llegar con placer, no obstante el aumento de cuidados que le ocasionaban.

Madre é hija eran dichosas al verse objetos de la admi-



racon y de las lisonjas de todos, por sus elegantes vestidos y graciosos adornos, hechos con arreglo á las últimas prescripciones de la moda.

Era un jueves, y á eso de la una de la tarde ya se hallaban en el salon Mme. Ducrest y su hija: todavía no era hora de que empezasen á ir las visitas, y en tanto que su madre hojeaba algunos albums de grabados comprados el día anterior, Elena se sentó al piano para repasar un nocturno nuevo.

Mme. Ducrest había sido muy bella, y aún conservaba restos notables de hermosura: su traje de raso verde, guarnecido de encajes, encerraba un talle que empezaba á engruesar, pero que no había perdido aún su elegante forma; su precioso prendido de encaje blanco adornado de flores, tenía un aire lleno de coquetería y gracia, y descubría unos cabellos castaños y brillantes dispuestos con tanto estudio como buen gusto.

Elena era preciosa: tenía la tez de rosa y nácar, los cabellos negros y sedosos y los ojos de un azul puro é intenso, á la vez que dulce y suave: un vestido de color claro, de graciosa hechura, hacía resaltar los encantos de su figura de ninfa y la frescura de sus diez y ocho años.

Hacia un rato que repasaba su nocturno en el piano, cuando anunciaron á la señora y señorita Bherrier.

—¡Es Susana! ¡Qué dicha! exclamó Elena levantándose apresurada y corriendo hacia las recién llegadas, á una de las cuales abrazó con la más tierna efusion.

Las dos contaban la misma edad, poco más ó menos, que Elena y su madre. Mme. Bherrier parecía rayar en los cuarenta años, y su traje modesto y su peinado, sin pretension alguna, decían claro que no tenía afán por ocultar la fecha de su nacimiento.

Su hija era una flor pura y fresca, llena de gracia, de suavidad y de candor; sin ser tan hermosa como Elena, había algo en ella que cautivaba, que fijaba la atención de una manera indefinible; sus ojos eran azules como el cielo que se veía á través de las entreabiertas ventanas del salon; sus cabellos rubios, finos y rizados; su tez alabastrina dejaba ver el fino tejido de sus venas en las sienes, cuello y manos; era esbelta como una palma, de talle delicado y flexible.

Su traje era en extremo sencillo y decia bien con la expresion casta, pura y risueña de su hermoso rostro; un vestido de seda negro, una manteleta igual y un sombrero de paja componían su atavío.

—Qué amable visita! dijo Mme. Ducrest con la política perfecta, aunque un poco afectada, que le era natural: ¡sabéis, añadió sonriendo, que os habeis vuelto extrañas desde hace algun tiempo! Apénas os dejais ver, y hoy que os habeis acordado de nosotras, venis tan temprano, que á nadie hallais aquí todavía.

—Precisamente era eso lo que deseábamos Susana y yo, dijo Mme. Bherrier, y por eso hemos venido á esta hora. Hubiéramos sentido mucho, querida amiga, el encontraros rodeadas de visitas: nuestro objeto, además de saludaros, es el participaros el próximo matrimonio de Susana, y el rogaros que me dejéis á vuestra querida Elena para que pase á su lado el día de la boda.

—¡Se casa la linda Susana! repuso Mme. Ducrest: os doy mi parabien, querida amiga.

—¡Ah, qué perfidia! exclamó Elena riéndose: ¡en el colegio nos habíamos prometido casarnos el mismo día....! ¿Y cuándo es la boda, perjurá?

—No sé.... respondió Susana un poco ruborizada: creo que la boda se ha fijado para dentro de un mes.... ¿No es verdad, madre mia....?

—Tal vez será más pronto, respondió Mme. Bherrier: y bien, añadió: ¡podrémos contar con Elena, mi querida amiga!

—Ciertamente, y ella será en eso muy dichosa.... á no ser que de aquí á entónces se decida también su casamiento, lo que será muy fácil.

—¡Ah, ya! según eso ¡hay algun aspirante?

—Hay muchos; pero Elena es muy jóven y su padre muy exigente: y vos ¡no me participareis quién es el feliz esposo de Susana?

—Mamá, dijo Elena levantándose, permitidme que me lleve á Susana á mi cuarto; deseo enseñarle el vestido que debo ponerme esta noche para nuestra reunion, y que ella me diga con quién se casa.

Las dos jóvenes salieron asidas del brazo y se encaminaron al aposento de Elena.

## II.

Nadie al entrar en aquella linda habitacion podia dudar de que su jóven propietaria era rica: los dorados y el terciopelo se veían por todas partes; grandes espejos, cuadros de valor, muebles exquisitos, decoraban la estancia: sobre el lecho de Elena, cubierto de seda y encajes, se hallaba extendido el vestido anunciado, un

precioso abanico, un rico pañuelo guarnecido de encajes y un lindo aderezo de perlas, cuyo estuche estaba abierto, se hallaban pomposamente arreglados sobre un velador de laca colocado en el centro del aposento: un magnífico ramillete de rosas y camelias se ostentaba en un vaso del Japon.

—Mira mi traje de esta noche, dijo Elena: ¡te parece bonito? yo he arreglado todo esto esta mañana, porque hoy es el día que recibimos: mis amigas vendrán, y deseo que lo vean. Las señoritas Dubreill llegarán llenas de curiosidad y de pena, á saber qué es lo que voy á llevar, porque mi madre no ha querido invitarlas para nuestro baile de esta noche, y tienen que contentarse con venir á investigar de día lo que no pueden ver: en cuanto á la bella Elena de Sainty tampoco vendrá, porque ha llegado una tia suya de fuera, la que dice nos presentará esta mañana: ¡no te parece á tí que ha de asombrarle mi traje, á ella que siempre viste con tanta mezquindad? Pero querida Susana, yo no te he traído aquí solamente para que admireis todo esto.... hablemos ahora de tu futuro.... ¿es rico?

—Papá y mamá dicen que sí, respondió con dulzura Susana.

—¿Y qué es? ¿cómo se llama?

—Satisfaré tu curiosidad contestando á la vez á tus dos preguntas. Mr. Luis Riviere, mi futuro, es agricultor.

—¡Agricultor! repitió Elena asombrada; no comprendo....

—Además se dedica al perfeccionamiento de las razas de los animales, añadió Susana: ¡te acuerdas de aquellos que veíamos en la Exposicion de los Campos Eliseos?

—¡Ay Dios mio! exclamó Elena: ¿de modo que vas á ser la esposa de un campesino?

—Casi, casi, respondió Susana sonriendo, porque en Thionville estaremos siempre en el campo.

—¡Thionville! jamás he oído hablar de ese país; será algun desierto muy lejano.... ¿estará en Africa?...

—No tanto, respondió Susana sonriendo: está en Normandía. Mr. Luis Riviere tiene allí su casa, muy cómoda, y hasta confortable, según dice mi padre, y al lado una bella quinta que él cultiva.

Elena guardó algunos instantes de silencio, y contempló á su amiga con una especie de tristeza protectora.

—En verdad dijo, tras algunos instantes de silencio, que si otra que tú me hubiera hablado de tu casamiento con un Mr. Riviere, que es labrador.... porque en fin, ¡él cultiva su quinta, no es verdad?

—Sin duda: él siembra, cultiva, mejora con nuevos abonos: cria bueyes, vacas y caballos, y ha llegado á perfeccionar las razas de una manera sorprendente; pero no hace más que dirigir los trabajos, porque pasan de cuarenta los criados que tiene.

—Eres muy singular, dijo Elena con desden, y te confieso que no te entiendo: en la pension no te ocupabas de nada, lo mismo que las demás: me parecías distinguida en tus gustos, y hasta desdeñosa para toda vulgaridad; así es que lo que hoy dices y haces, me parece original, casi increíble: ¿es posible que consientas en irte á enterar á Thionville, entre los labriegos, y ese prodigioso número de irracionales, cuyas castas se ocupa en mejorar tu esposo? ¡Pero tu dichoso Luis Riviere, no debe ocuparse más que de eso! ¡Ah, mi pobre Susana! ¡no hay duda que será un agradable marido!

—Te aseguro, respondió Susana, que Mr. Riviere es muy agradable, y tiene mucho talento: creo que me acostumbraré muy bien á Thionville. Papá ha visto todo eso muy de cerca, y conoce de largo tiempo á Mr. Riviere.... ¡oh, sí! ¡y los pobres también le conocen allí mucho!

Susana dijo estas palabras con la voz embargada por una emocion profunda.

—Pero mi pobre amiga, dijo Elena con tono de compasion, también en Paris se pueden dar limosnas, y tú conocerás que esto es un poco más agradable. ¡Gran Dios! si me ofrecieran un marido como ese, le rehusaría á ojos cerrados! Desde luego te diré que no amo, que no comprendo la vida, más que en Paris: yo soy como mamá. Parisien *pur sang*, y me casaré con un agente de Bolsa. Cada uno tiene sus gustos.... Pero piensa, mi querida Susana, que no verás ningun parisien en Thionville; que no irás jamás á un baile; que no asistirás al teatro.... aquello es el destierro.... la muerte.... dime, ¡hay algun almacen de modas en Thionville?

—Todo lo que sé, repuso Susana, grave y dulcemente, es que hay una bella iglesia, con un bueno y anciano cura, que se ocupa mucho de la música.

—¡Ay, amiga mia, y qué suavemente te hacen tragar la píldora!

—Mi querida Elena, mis padres me han asegurado con tanta conviccion que será dichosa, que no puedo menos

de creerlo: ¡qué más da que halle la felicidad en Thionville ó en Paris? Mira, la dicha es como Dios: si se la sabe buscar, se la halla en todas partes.

Elena se encogió de hombros.

(Se continuará.)

## LOS TRES RAMOS VERDES.

Había una vez un ermitaño que vivía en un bosque al fin de una montaña; pasaba el tiempo rezando y haciendo buenas obras, y todas las tardes llevaba por penitencia dos cubos grandes de agua desde la ladera hasta la cumbre de la montaña para regar las plantas y dar de beber á los animales, pues reinaba en aquella altura un aire tan fuerte que todo lo secaba, y los pájaros, que huían en aquel desierto de la presencia del hombre, buscaban en vano agua que beber con sus perspicaces ojos. Un ángel del Señor se apareció al ermitaño para recompensar su piedad, y en cuanto concluía le daba de comer, como aquel profeta que era sustentado por los cuervos de orden del Eterno.

El ermitaño llegó así en olor de santidad hasta una edad muy avanzada; pero un día, viendo á lo lejos un pobre á quien llevaban al cadalso, se atrevió á decir: —¡Ya vas á pagar lo que has hecho!— Por la tarde, cuando subió el agua á la montaña, no se le apareció el ángel como de costumbre, ni le trajo su comida. Aterrorizado, inquirió en el fondo de su corazon en lo que podía haber ofendido á Dios, y no podía descubrirlo. Postróse en tierra y estuvo orando día y noche sin querer tomar alimento alguno.

Un día, cuando estaba llorando amargamente en el bosque, oyó á un pájaro que cantaba con una voz tan melodiosa, que no pudo menos de decirle: —¡Ah, pajarito, qué contento cantas! El Señor no estará incomodado contigo! ¡Ay, si pudieras decirme en lo que le he ofendido, haría penitencia y volvería la alegría á mi corazon.

El pájaro le contestó: Has cometido una mala accion, condenando á un pobre pecador que llevaban al cadalso; por eso está incomodado contigo el Señor, pues sólo á Él le corresponde juzgarle. Sin embargo, si haces penitencia y te arrepientes de tu pecado te perdonará.

El ermitaño vió entonces al ángel del Señor delante de él con una rama seca en la mano. El ángel le dijo estas palabras: —Llevarás esta vara seca hasta que salgan de ella tres ramos verdes, y por las noches, cuando vayas á dormir, la colocarás debajo de tu cabeza. Mendigarás el pan de puerta en puerta y no permanecerás más que una noche bajo el mismo techo.—Tal es la penitencia que te impone el Señor.

El ermitaño tomó la vara y comenzó á andar por el mundo, que hacia tanto tiempo tenia olvidado. No vivía más que de las limosnas que le daban á las puertas; pero con frecuencia no hacian caso de sus súplicas y más de una puerta permanecía cerrada, de modo que pasaba dias enteros sin tener una migaja de pan.

Un día en que había estado desde por la mañana hasta por la noche mendigando de puerta en puerta y no habían querido darle nada, ni aún dejarle pasar la noche en un rincón del pajar, fué á un bosque donde encontró un hueco abierto en una roca, en el que había sentada una vieja. —Buena mujer, la dijo, dejadme pasar la noche en vuestra casa.

No, le contestó, yo no me atrevería aunque pudiera. Tengo tres hijos que son ladrones y si te ven aquí cuando vengan nos matarían á los dos.

Dejadme entrar, dijo el ermitaño, no nos harán nada á ninguno de los dos.

La vieja tuvo compasion y se enterneció. El hombre se echó al pie de la escalera con su vara debajo de la cabeza.

La vieja le preguntó por qué se ponía así, y la refirió que cumplía una penitencia y debía ser su almohada aquella rama seca. La mujer exclamó llorando: ¡Ay! si Dios castiga así una simple palabra, ¿qué será de mis hijos cuando comparezcan el día del juicio delante de Él?

A la media noche volvieron los ladrones haciendo mucho ruido. Encendieron una lumbre muy grande que iluminó toda la pieza, de modo que no tardaron en ver al hombre echado debajo de la escalera: encolerizados, dijeron entonces á su madre: —¿Quién es ese hombre? ¡Olvídas que te hemos prohibido recibir aquí á nadie!

Dejarle, es un pobre pecador que hace penitencia de sus pecados, les contestó la madre.

¿Qué has hecho? preguntaron los bandidos; vamos, viejo, cuéntanos tus pecados.

Se levantó entonces y les refirió como por haber ofendido á Dios con sólo una palabra, había tenido que someterse á una senda de expiacion. Los ladrones se conmovieron de tal modo al oír su historia, que se llenaron de terror al considerar su vida pasada; volvieron en sí y comenzaron á hacer penitencia con una sincera resignacion.

El ermitaño, despues de haber convertido á estos tres pecadores, se echó á dormir debajo de la escalera. Pero al día siguiente le encontraron muerto, y la vara seca colocada bajo su cabeza había echado tres ramos verdes, porque el Señor le había perdonado ya. GRIMM.

## Explicacion del Figurin 1022.

FIG. 1.ª.—Traje de reunion.—Vestido de failli, color castaño, bordado. La falda describe cola, el cuerpo escotado lleva aldetas y mangas largas y ajustadas, con lazos negros. Iguales lazos adornan el cuerpo, al que sirve de complemento fichú de muselina con solapas. Escarapela y cinta blanca en el cabello.

FIG. 2.ª.—Traje de baile.—El vestido que describe cola, es de tafetan azul, y lleva cuerpo escotado con mangas cortas. Un rico volante de encaje blanco, va dispuesto sobre la falda de modo que forme túnica. Echarpe de gro azul de 25 cént. de anchura. Una corona de miosotis puesta en el peinado, completa este rico y elegante traje.





## BIBLIOGRAFIA.

Amantes como somos de la buena literatura, tenemos una particular satisfaccion en participar á nuestras constantes suscriptoras, que el *Centro Literario Editorial* de esta córte ha empezado á publicar en una bonita edicion ilustrada, con preciosos grabados, las célebres obras de *Edgardo Poé*. La índole especial, el género nuevo de literatura que caracteriza estas obras, las cuales al propio tiempo que recreativas, son científicas é instructivas, nos impulsa á recomendar muy eficazmente este libro á nuestras amables lectoras, toda vez que, tanto por los conocimientos científicos que abarca, como por la moral de su fondo, tanto puede contribuir, en nuestro concepto, á la educacion de la mujer.

\*\*

Cada día es más inmenso el favor que el público dispensa á los *Cuentos de Salon*. Una perla en el fango, *Brígida*, que en el número anterior digimos equivocadamente que era debida á la pluma de D. Teodoro Guerrero, siendo así que es obra, y una de las obras más bellas, del eminente escritor D. Carlos Frontaura, y las dos preciosas novelas contenidas en un tomo y tituladas *Una historia de lágrimas*, *La Camelia* y *La mariposa*, ambas originales de D. Teodoro Guerrero, son los libros verdaderamente populares que hacen las delicias de todas las señoras instruidas y amantes de lo bello. Nosotros no cesaremos de recomendar esta publicacion tan importante bajo el doble punto de vista de la moral y del buen gusto.

\*\*

Y ya que de publicaciones útiles y morales hablamos, no dejaremos de encarecer á las madres de familia la interesante revista que se publica en esta córte, titulada *La enseñanza Católica*.

La pureza de la doctrina evangélica que sustenta, la variedad de las útiles materias que trata, los magníficos grabados que la ilustran, y su excelente impresion—de la que nada decimos porque es ya muy conocido el establecimiento donde se imprime,—todo esto, unido al ínfimo precio de su abono, la hacen digna de figurar, lo mismo en el lujoso gabinete del aristócrata, que en el humilde hogar del honrado artista.

Felicitemos á su ilustrado cuanto modesto director, á la vez que al editor, D. Salvador Sanchez Rubio, por tan acertado pensamiento: nunca ha sido tan necesaria esta clase de publicaciones como hoy, que la maldad y la irreligion tratan en vano de imponerse á los sentimientos católicos, tan arraigados en el pueblo español.

## AVISOS.

La tierra que no es labrada, llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil: así el entendimiento del hombre.

Entre muchos siempre hablar poco.

Nunca te entrometas á dar tu parecer en todas las cosas, sino te lo piden ó la caridad lo demanda.

Jamás hagas cosa que no puedas hacer delante de todos.



LA DEMANDADERA, EN LAS FIESTAS MAYORES DE CATALUÑA.

No pienses faltas ajenas, sino las virtudes, y tus propias faltas.

No hagas comparacion de uno á otro, porque es cosa odiosa.

SANTA TERESA DE JESÚS.

Soluciones al geroglífico inserto en el anterior número literario, por Doña Ramona de Vera y Diaz Agero, Doña Elvira Marchessi y Paz, Doña Eusebia Vidaurre de Janáriz, Doña Telesfora Iribarrieta, Doña Carolina Antero, Doña Dolores Sarmiento, Doña Cleofé Vicente, Doña Paz Bermudez, y los señores D. José Tabasquera, D. Salvador Ocaña, D. Pedro Gimenez, y D. Lorenzo Salvatierra.

ENTRE DOS CABALLEROS, UNA BOFETADA CONDUCE

Á UN DUELO.

## CHARADAS.

I.

(CUATRO SÍLABAS.)

De la vida el mar revuelto  
Surco á prima y dos atado:  
A segunda, tertia y cuarta  
Tristemente contemplando.  
¡Oh! y cuán semejante á ellas!  
En mis éxtasis exclamo,  
Es la existencia intranquila  
Y dolorosa que alcanzo!  
¡Y cuán más felices son  
En su especie y en su grado,  
Prima y cuarta, por ejemplo,  
Que lo es hoy el hombre honrado,  
O bien la segunda y cuarta,  
Libre en los bosques saltando,  
Sin más temor que la astucia  
De algun cazador osado!  
Y es tan cierto, que á no ser  
Por este amor tan sagrado,  
Que á la vida le tenemos  
En nuestro normal estado,  
Que habria muchos, yo uno de ellos,  
Que tertia y cuarta juntando,  
El instrumento formara  
Para no seguir penando.  
El todo es de las pasiones  
Un fiel retrato acabado,  
Y de ellas el corazon  
Por desgracia, siempre esclavo.

GERÓNIMO CONDE.

II.

Segunda y prima demuestran  
Parentesco muy cercano;  
Segunda y tertia un cordial  
Para los nervios y el flato;  
Tercera y prima del ave  
Lo preciso y necesario,  
Y es el todo un gran guerrero  
Tan feroz como admirado.

J. R. y G.

Las soluciones en el próximo número literario.

Las señoras suscriptoras á la Edicion de lujo, recibirán con este número el pliego de dibujos y patrones y el Figurin iluminado.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.

A instancias de muchas de nuestras suscriptoras, y en combinacion con uno de los principales comercios de Madrid, podemos facilitarlas los objetos necesarios para hacer las labores á precios sumamente reducidos, como verán por la siguiente

## TARIFA.

	Rs.	Cs.
Trencilla para encaje irlandés, pieza: desde 14 á . . . . .	20	»
Dibujos en papel para cañamazo, desde 5. . . . .	20	»
Idem id. para id. francés. . . . .	4	»
Idem id. de crochet, de 5 y. . . . .	6	»
Idem id. de frivolité, de 5 y. . . . .	6	»
Idem id. de malla. . . . .	6	»
Tratados del punto inglés á 7 reales uno. . . . .	7	»

	Rs.	Cs.
Tratados de crochet tunecino. . . . .	6	»
Idem de tapicería. . . . .	6	»
Idem de flores de crochet y punto de aguja. . . . .	6	»
Lanzaderas de marfil. . . . .	4	»
Idem de madera. . . . .	2	»
Punzon. . . . .	1	»
Agujas para malla, de acero. . . . .	1	50

	Rs.	Cs.
Agujas para malla, de marfil. . . . .	2	50
Idem para crochet, de acero, desde medio real á. . . . .	2	»
Idem para id. de medera, grandes. . . . .	3	»
Idem para id. de id., pequeñas. . . . .	»	50
Para punto de aguja. . . . .	12	5

NOTA. No se servirá pedido alguno, cuyo importe no se remita anticipado.

Ayuntamiento de Madrid